

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent



PENSAR
EN UN
PROYECTO
COMÚN

Misa del Pontífice en la iglesia del Santo Espíritu en Sassia para la fiesta de la Divina Misericordia instituida por Juan Pablo II

Contra el virus del egoísmo

El Papa Francisco celebró el 19 de abril, el segundo Domingo de Pascua, día de la Divina Misericordia, la misa, sin fieles, en la iglesia del Espíritu Santo en Sassia, cerca de la plaza de San Pedro. En su homilía, el Pontífice invitó a no temer y recordó que "la misericordia no abandona a quien se queda atrás". El Papa Francisco ha celebrado en este segundo Domingo de Pascua, día de la Divina Misericordia, la Santa Misa en forma privada en la Iglesia de Santo Espíritu en Sassia. Una homilía en la que el Papa recordó dos momentos del carisma de Santa Faustina Kowalska, venerada como el apóstol de la Divina Misericordia.

El domingo pasado celebramos la resurrección del Maestro, y hoy asistimos a la resurrección del discípulo. Había transcurrido una semana, una semana que los discípulos, aun habiendo visto al Resucitado, vivieron con temor, con «las puertas cerradas» (Jn 20, 26), y ni siquiera lograron convencer de la resurrección a Tomás, el único ausente. ¿Qué hizo Jesús ante esa incredulidad temerosa? Regresó, se puso en el mismo lugar, «en medio» de los discípulos, y repitió el mismo saludo: «Paz a vosotros» (Jn 20, 19.26). Volvió a empezar desde el principio. La resurrección del discípulo comenzó en ese momento, en esa misericordia fiel y paciente, en ese descubrimien-

to de que Dios no se cansa de tender la mano para levantarnos de nuestras caídas. Él quiere que lo veamos así, no como un patrón con quien tenemos que ajustar cuentas, sino como nuestro Papá, que nos levanta siempre. En la vida avanzamos a tientas, como un niño que empieza a caminar, pero se cae; da pocos pasos y vuelve a caer; cae y se cae una y otra vez, y el papá lo levanta de nuevo. La mano que siempre nos levanta es la misericordia. Dios sabe que sin misericordia nos quedamos tirados en el suelo, que para caminar necesitamos que vuelvan a ponernos en pie.

Y tú puedes objetar: "¡Pero yo sigo siempre cayendo!". El Señor lo sabe y siempre está dispuesto a le-



Regina Coeli

La felicitación a las Iglesias de oriente por la Pascua

Al finalizar la misa, antes de impartir la bendición final, el Santo Padre guió el rezo del Regina Coeli, introduciéndolo con las palabras que publicamos a continuación. del Regina caeli, introduciéndola con le parole que publicamos a continuación.

Queridos hermanos y hermanas:

Ha sido algo significativo celebrar la Eucaristía de este segundo Domingo de Pascua aquí, en la Iglesia del Espíritu Santo en Sassia, que San Juan Pablo II descaba como el Santuario de la Divina Misericordia. La respuesta de los cristianos en las tempestades de la vida y de la historia no puede ser otra que la misericordia: el amor compasivo entre nosotros y hacia todos, especialmente hacia los que sufren, los que tienen que afrontar más, los más abandonados... No el pietismo, ni el bienestar, sino la compasión, que viene del corazón. Y la misericordia divina viene del Corazón de Cristo, del Cristo Resucitado. Brota de la herida de su costado, siempre abierta, abierta para nosotros, que siempre necesitamos perdón y consuelo. Que la misericordia cristiana también inspire la generosidad justa entre las naciones y sus instituciones, a fin de enfrentar la crisis actual de un modo solidario.

Quiero felicitar a los hermanos y hermanas de las Iglesias Orientales que hoy celebran la fiesta de la Pascua. Juntos anunciamos: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado!» (Lucas 24, 34). Especialmente en este tiempo de dificultad, ¡sentimos qué gran regalo es la esperanza que surge de haber resucitado con Cristo!

En particular, me alegro con las comunidades católicas orientales que, por razones ecuménicas, celebran la Pascua junto con las ortodoxas: que esta fraternidad sea un consuelo allá donde los cristianos son una pequeña minoría.

Dirijámonos ahora a la Virgen María, Madre de Misericordia, con la alegría pascual.

vanarnos. Él no quiere que pensemos continuamente en nuestras caídas, sino que lo miremos a Él, que en nuestras caídas ve a hijos a los que tiene que levantar y en nuestras miserias ve a hijos a los que tiene que amar con misericordia. Hoy, en esta iglesia que se ha convertido en santuario de la misericordia en Roma, en el Domingo que veinte años atrás San Juan Pablo II dedicó a la Divina Misericordia, acojamos con confianza este mensaje. Jesús le dijo a santa Faustina: «Yo soy el amor y la misericordia misma; no existe miseria que pueda medirse con mi misericordia» (Diario, 14 septiembre 1937). En otra ocasión, la santa le dijo a Jesús, con satisfacción, que le había ofrecido toda su vida, todo lo que tenía. Pero la respuesta de Jesús la desconcertó: «Hija mía, no me has ofrecido lo que es realmente tuyo». ¿Qué cosa había retenido para

sí aquella santa religiosa? Jesús le dijo amablemente: «Hija, dame tu miseria» (10 octubre 1937). También nosotros podemos preguntarnos: «¿Le he entregado mi miseria al Señor? ¿Le he mostrado mis caídas para que me levante?». ¿O hay algo que todavía me guardo dentro? Un pecado, un remordimiento del pasado, una herida en mi interior, un rencor hacia alguien, una idea sobre una persona determinada... El Señor espera que le presentemos nuestras miserias, para hacernos descubrir su misericordia.

Volvamos a los discípulos. Habían abandonado al Señor durante la Pasión y se sentían culpables. Pero Jesús, cuando fue a encontrarse con ellos, no les dio largos sermones. Sabía que estaban heridos por dentro, y les mostró sus propias llagas. Tomás pudo tocarlas y descubrió lo que Jesús había sufrido por él, que

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque autem Non prececidit

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.orspcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@direzione.system@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones.orspcva.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F. teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5318 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

lo había abandonado. En esas heridas tocó con sus propias manos la cercanía amorosa de Dios. Tomás, que había llegado tarde, cuando abrazó la misericordia superó a los otros discípulos; no creyó sólo en su resurrección, sino también en el amor infinito de Dios. E hizo la confesión de fe más sencilla y hermosa: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Así se realiza la resurrección del discípulo, cuando su humanidad frágil y herida entra en la de Jesús. Allí se disipan las dudas, allí Dios se convierte en mi Dios, allí volvemos a aceptarnos a nosotros mismos y a amar la propia vida.

Queridos hermanos y hermanas: En la prueba que estamos atravesando, también nosotros, como Tomás, con nuestros temores y nuestras dudas, nos reconocemos frágiles. Necesitamos al Señor, que ve en nosotros, más allá de nuestra fragilidad, una belleza perdurable. Con Él descubrimos que somos valiosos en nuestra debilidad, nos damos cuenta de que somos como cristales hermosísimos, frágiles y preciosos al mismo tiempo. Y si, como el cristal, somos transparentes ante Él, su luz, la luz de la misericordia brilla en nosotros y, por medio nuestro, en el mundo. Ése es el motivo para alegrarse, como nos dijo la Carta de Pedro, «alegraos de ello, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas» (1 P 1, 6).

En esta fiesta de la Divina Misericordia el anuncio más hermoso se da a través del discípulo que llegó más tarde. Sólo él faltaba, Tomás, pero el Señor lo esperó. La misericordia no abandona a quien se queda atrás. Ahora, mientras pensamos en una lenta y ardua recuperación de la pandemia, se insinúa justamente este peligro: olvidar al que se quedó atrás. El riesgo es que nos golpee un virus todavía peor, el del egoísmo indiferente, que se transmite al pensar que la vida mejora si me va mejor a mí, que todo irá bien si me va bien a mí. Se parte de esa idea y se sigue hasta llegar a seleccionar a las personas, descartar a los pobres e inmolarse en el altar del progreso al que se queda atrás. Pero esta pandemia nos recuerda que no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren: todos somos frágiles, iguales y valiosos. Que lo que está pasando nos sacuda por dentro. Es tiempo de eliminar las desigualdades, de reparar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad. Aprendamos de la primera comunidad cristiana, que se describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Había recibido misericordia y vivía con misericordia: «Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2, 44-45). No es ideología, es cristianismo.

En esa comunidad, después de la resurrección de Jesús, sólo uno se había quedado atrás y los otros lo esperaron. Actualmente parece lo contrario: una pequeña parte de la humanidad avanzó, mientras la mayoría se quedó atrás. Y cada uno podría decir: «Son problemas complejos, no me toca a mí ocuparme de los necesitados, son otros los que tienen que hacerse cargo». Santa Faustina, después de haberse encontrado



con Jesús, escribió: «En un alma que sufre debemos ver a Jesús crucificado y no un parásito y una carga... [Señor], nos ofreces la oportunidad de ejercitarnos en las obras de misericordia y nosotros nos ejercitamos en los juicios» (Diario, 6 septiembre 1937). Pero un día, ella misma le presentó sus quejas a Jesús, porque: ser misericordiosos implica pasar por ingenuos. Le dijo: «Señor,

a menudo abusan de mi bondad», y Jesús le respondió: «No importa, hija mía, no te fijas en eso, tú sé siempre misericordiosa con todos» (24 diciembre 1937). Con todos, no pensemos sólo en nuestros intereses, en intereses particulares. Aprovechemos esta prueba como una oportunidad para preparar el mañana de todos, sin descartar a ninguno: de to-

dos. Porque sin una visión de conjunto nadie tendrá futuro.

Hoy, el amor desarmado y desarmante de Jesús resucita el corazón del discípulo.

Que también nosotros, como el apóstol Tomás, acojamos la misericordia, salvación del mundo, y seamos misericordiosos con el que es más débil. Sólo así reconstruiremos un mundo nuevo.

Meditación de Francisco en la revista Vida Nueva

Un plan para resucitar

Publicamos, a continuación la reflexión escrita por el Papa Francisco y que ha sido publicada el día 17 de abril en la revista Vida Nueva. En su texto, el Pontífice llama a contagiarse con "los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad" para la reconstrucción en el día después de la pandemia.

De pronto, Jesús salió a su encuentro y la saludó, diciendo: «¡Alegrarse!» (Mt 28, 9). Es la primera palabra del Resucitado después de que María Magdalena y la otra María descubrieran el sepulcro vacío y se toparan con el ángel. El Señor sale a su encuentro para transformar su duelo en alegría y consolarlas en medio de la aflicción (cfr. Jr 31, 13). Es el Resucitado que quiere resucitar a una vida nueva a las mujeres y, con ellas, a la humanidad entera. Quiere hacernos empezar ya a participar de la condición de resucitados que nos espera.

Invitar a la alegría pudiera parecer una provocación, e incluso, una broma de mal gusto ante las graves consecuencias que estamos sufriendo por el COVID-19. No son pocos los que podrían pensarlo, al igual que los discípulos de Emaús, como un gesto de ignorancia o de irresponsabilidad (cfr. Lc 24, 17-19). Como las primeras discípulas que iban al sepulcro, vivimos rodeados por una atmósfera de dolor e incertidumbre que nos hace preguntarnos: «¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?» (Mc 16, 3). ¿Cómo haremos para llevar adelante esta situación que nos sobrepasó completamente? El impacto de todo lo que sucede, las graves consecuencias que ya se reportan y vislumbran, el dolor y el luto por nuestros seres queridos nos desorientan, acongojan y paralizan. Es la pesantez de la piedra del sepulcro que se impone ante el futuro y que amenaza, con su realismo, sepultar toda esperanza. Es la pesantez de la angustia de personas vulnerables y ancianas que atraviesan la cuarentena en la más absoluta soledad, es la pesantez de las familias que no saben ya como arrimar un plato de comida a sus mesas, es la pesantez del personal sanitario y servidores públicos al sentirse exhaustos y desbordados... esa pesantez que parece tener la última palabra. Sin embargo, resulta conmovedor destacar la actitud de las mujeres del Evangelio. Frente a las dudas, el sufrimiento, la perplejidad ante la situación e incluso el miedo a la persecución y a todo lo que les podría pasar, fueron capaces de ponerse en movimiento y no dejarse paralizar por lo que estaba aconteciendo. Por amor al Maestro, y con ese típico, insustituible y bendito genio femenino, fueron capaces de asumir la vida como venía, sortear astu-

tamente los obstáculos para estar cerca de su Señor. A diferencia de muchos de los Apóstoles que huyeron presos del miedo y la inseguridad, que negaron al Señor y escaparon (cfr. Jn 18, 25-27), ellas, sin evadirse ni ignorar lo que sucedía, sin huir ni escapar... supieron simplemente estar y acompañar. Como las primeras discípulas, que, en medio de la oscuridad y el desconsuelo, cargaron sus bolsas con perfumes y se pusieron en camino para ungir al Maestro sepultado (cfr. Mc 16, 1), nosotros pudimos, en este tiempo, ver a muchos que buscaron aportar la unción de la corresponsabilidad para cuidar y no poner en riesgo la vida de los demás. A diferencia de los que huyeron con la ilusión de salvarse a sí mismos, fuimos testigos de cómo vecinos y familiares se pusieron en marcha con esfuerzo y sacrificio para permanecer en sus casas y así frenar la difusión. Pudimos descubrir cómo muchas personas que ya vivían y tenían que sufrir la pandemia de la exclusión y la indiferencia siguieron esforzándose, acompañándose y sosteniéndose para que esta situación sea (o bien, fuese) menos dolorosa. Vimos la unción derramada por médicos, enfermeros y enfermeras, reponedores de góndolas, limpiadores, cuidadores, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas, abuelos y educadores y tantos otros que se animaron a entregar todo lo que poseían para aportar un poco de cura, de calma y alma a la situación. Y aunque la pregunta seguía siendo la misma: «¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?» (Mc 16, 3), todos ellos no dejaron de hacer lo que sentían que podían y tenían que dar.

Y fue precisamente ahí, en medio de sus ocupaciones y preocupaciones, donde las discípulas fueron sorprendidas por un anuncio desbordante: «No está aquí, ha resucitado». Su unción no era una unción para la muerte, sino para la vida. Su velar y acompañar al Señor, incluso en la muerte y en la mayor desesperanza, no era vana, sino que les permitió ser ungidas por la Resurrección: no estaban solas, Él estaba vivo y las precedía en su caminar. Solo una noticia desbordante era capaz de romper el círculo que les impedía ver que la piedra ya había sido corrida, y el perfume derramado tenía mayor capacidad de expansión que aquello que las amenazaba. Esta es la fuente de nuestra alegría y esperanza, que transforma nuestro accionar: nuestras unciones, entregadas... nuestro velar y acompañar en todas las formas posibles en este tiempo, no son ni serán en vano; no son entregas para la muerte. Cada vez que

LAS HOMILÍAS DEL PONTÍFICE

Junto a las personas con discapacidad

Ayer recibí una carta de una religiosa que trabaja como traductora de lengua de señas para sordomudos y me habló del trabajo tan difícil que tienen los trabajadores de la salud, los enfermeros, los médicos, con los pacientes discapacitados que se han contagiado de Covid-19. Recemos por ellos que están siempre al servicio de estas personas con habilidades diferentes, que no tienen las habilidades que nosotros tenemos.

Los jefes, los ancianos, los escribas, al ver la franqueza con la que hablaban estos hombres, y sabiendo que era gente sin instrucción, que tal vez no sabían escribir, se asombraban. No entendían: "Es algo que no podemos entender, cómo esta gente es tan valiente, cómo tiene esta franqueza" (cf. *Hechos* 4, 13). Esta palabra es una palabra muy importante que se convierte en el estilo de los predicadores cristianos, también en el Libro de los Hechos de los Apóstoles: franqueza. Coraje. Esto lo dice todo. Decirlo claramente. Viene de la raíz griega de decir todo, y nosotros también usamos esta palabra muchas veces, precisamente la palabra griega, para indicar esto: parresía, franqueza, coraje. Y veían esta franqueza, este coraje, esta parresía en ellos y no entendían.

Franqueza. La valentía y la franqueza con los que los primeros apóstoles predicaban... Por ejemplo, el Libro de los Hechos está lleno de esto: dice que Pablo y Bernabé trataron de explicar el misterio de Jesús a los judíos con franqueza y predicaron el Evangelio con franqueza.

Hay un versículo que me gusta mucho en la Carta a los Hebreos, cuando el autor de la Carta a los Hebreos se da cuenta de que hay algo en la comunidad que está decayendo, que se pierde algo, que hay una cierta tibieza, que estos cristianos se están volviendo tibios. Y dice esto —no recuerdo bien la cita...—, dice esto: "Traed a la memoria los primeros días, habisteis de soportar un duro y doloroso combate: no perdistis ahora vuestra franqueza" (cf. *Hebreos* 10, 32-33). "Recuperad, recuperad la franqueza, el valor cristiano para seguir adelante. No se puede ser cristiano sin que se dé esta franqueza: si no se da, no eres un buen cristiano. Si no tienes el coraje, si para explicar tu posición resbalas en ideologías o explicaciones casuísticas, te falta esa franqueza, te falta ese estilo cristiano, la libertad de hablar, de decirlo todo. El coraje.

Y luego vemos que los líderes, los ancianos, los escribas son víctimas, son víctimas de esta franqueza, porque los acorrala: no saben qué hacer. Sabiendo "que eran hombres sin instrucción ni cultura, quedaban sorprendidos y los reconocían como los que habían estado con Jesús; y al mismo tiempo, veían de pie, junto a ellos, al hombre que había sido curado; así que no podían replicar" (*Hechos* 4, 13-14). En vez de aceptar la verdad que veían, tenían el corazón tan cerrado que buscaron la vía de la diplomacia, la vía del compromiso: "Vamos a asustarlos, amenacémoslos y veamos si así se callan" (cf. *Hechos* 4, 16-17). La franqueza, realmente, los había acorralado: no sabían cómo salir. No se les ocurrió decir: "¿No será verdad esto?". Su corazón estaba ya cerrado, era duro: el corazón estaba corrompido. Ese es uno de los dramas: la fuerza del Espíritu Santo que se manifiesta en esta franqueza



dijo: "Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda la creación" (*Marcos* 16, 15). Id con valor, con franqueza, no tengáis miedo. No —retomo el versículo de la Carta a los Hebreos—, "no perdáis vuestra franqueza, no perdáis este don del Espíritu Santo" (cf. *Hebreos* 10, 33). La misión nace precisamente de aquí, de este don que nos hace valientes, francos al proclamar la Palabra.

Que el Señor nos ayude siempre a ser así: valientes. Esto no significa imprudentes: no, no. Valientes. El coraje cristiano es siempre prudente, pero es coraje.

Que los políticos busquen el bien común y no el del propio partido

Reemos hoy por los hombres y mujeres que tienen vocación política: la política es una alta forma de caridad. Por los partidos políticos de los distintos países, para que en este momento de pandemia busquen juntos el bien del país y no el bien de su propio partido.

Este hombre, Nicodemo, es un jefe de los judíos, un hombre prestigioso; sintió la necesidad de ir donde Jesús. Fue por la noche, porque tenía que tomar precauciones, ya que los que iban a hablar con Jesús no estaban bien vistos (cf. *Juan* 3, 2). Es un fariseo justo, porque no todos los fariseos son malos: no, no; también había fariseos justos. Este es un fariseo justo. Sintió la inquietud, porque es un hombre que había leído a los profetas y sabía que lo que Jesús estaba haciendo había sido anunciado por los profetas. Sintió la inquietud y fue a hablar con Jesús. "Rabbi, sabemos que has venido de Dios como maestro" (v. 2): es una confesión, hasta cierto punto. "Porque nadie puede realizar las señales que tú realizas, si Dios no está con él" (v. 2). Y se detiene. Se detiene antes del "por tanto". Si digo esto... por tanto... Y Jesús respondió. Respondió misteriosamente, como no se lo esperaba Nicodemo. Respondió con esa figura del nacimiento: "el que no nazca de lo alto, no puede ver el Reino de Dios" (v. 3). Y Nicodemo, se siente confundido, no entiende y toma *ad litteram* la respuesta de Jesús: pero "¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo?" (cf. v. 4). Nacer de lo alto, nacer del Espíritu. Es el salto que debe dar la confesión de Nicodemo y él no sabe cómo hacerlo. Porque el Espíritu es imprevisible. La definición del Espíritu que Jesús da aquí es interesante: "El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu" (v. 8), es decir, libre. Una persona que se deja llevar de una parte y de otra parte por el Espíritu Santo: esta es la libertad del Espíritu. Y cualquiera que haga esto es una persona dócil, y aquí se habla de la docilidad al Espíritu.

Ser cristiano no es sólo cumplir los mandamientos: hay que cumplirlos, eso es cierto; pero si te detienes ahí, no eres un buen cristiano. Ser un buen cristiano es dejar que el Espíritu entre en ti y te lleve, te lleve donde quiera. En nuestra vida cristiana muchas veces nos detenemos como Nicodemo, ante el "por tanto", no sabemos qué paso dar, no sabemos cómo hacerlo o no tenemos la confianza en Dios para dar este paso y dejar entrar al Espíritu. Nacer de nuevo es dejar que el Espíritu entre en nosotros y que sea el Espíritu quien me guíe y no yo, y aquí: libre, con esta libertad del Espíritu que nunca sabrás dónde acabarás.

Los apóstoles, que estaban en el Cenáculo, cuando vino el Espíritu salieron a predicar con ese valor, esa franqueza (cf. *Hechos* 2, 1-13)... no sabían que esto iba a suceder; y lo hicieron, porque los guiaba el Espíritu. El cristiano no debe nunca detenerse sólo en el cumplimiento de los Mandamientos: hay que cumplirlos, pero hay que ir más allá, hacia este nuevo nacimiento que es el nacimiento en el Espíritu, que le da la libertad del Espíritu.

Esto es lo que le pasó a esta comunidad cristiana de la primera Lectura, después de que Juan y Pedro volvieran de ese interrogatorio que tuvieron con los sacerdotes. Fueron a ver a sus hermanos, en esta comunidad, y reportaron lo que los jefes de los sacerdotes y los ancianos

za de la predicación, en esta locura de la predicación, no puede entrar en los corazones corruptos. Por eso hemos de estar atentos: pecadores sí, corruptos nunca. Y no llegar a esta corrupción que tiene muchas maneras de manifestarse...

Pero estaban arrinconados y no sabían qué decir. Y al final, encontraron un compromiso: "Amenacémoslos un poco, asustémoslos un poco", y los invitaron, los llamaron de nuevo y los ordenaron, los invitaron a no hablar en ningún momento y a no enseñar en el nombre de Jesús. "Hagamos las paces: ustedes vayan en paz, pero no hablen en nombre de Jesús, no enseñen" (cf. *Hechos* 4, 18). Conocemos a Pedro: no era un valiente nato. Fue un cobarde, negó a Jesús. ¿Pero qué pasa ahora? Respondieron: "Pensad si Dios considera justo que os obedezcamos a vosotros antes que a Él. Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (*Hechos* 4, 19-20). ¿Pero de dónde le viene el coraje a este cobarde que ha negado al Señor? ¿Qué ha pasado en el corazón de este hombre? El don del Espíritu Santo: la franqueza, el coraje, la parresía es un don, una gracia que el Espíritu Santo da el día de Pentecostés. Justo después de haber recibido el Espíritu Santo fueron a predicar: un poco valientes, algo nuevo para ellos. Esta es coherencia, el signo del cristiano, del verdadero cristiano: es valiente, dice toda la verdad porque es coherente.

Y a esta coherencia llama al Señor en el envío. Después de esta síntesis que hace Marcos en el Evangelio: "Habiendo resucitado al amanecer..." (16, 9) —una síntesis de la resurrección—, "les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado" (v. 14). Pero con la fuerza del Espíritu Santo —es el saludo de Jesús: "Recibid el Espíritu Santo" (*Juan* 20, 22) — y les



La homilía del Pontífice

Misa en Santa Marta

VIENE DE LA PÁGINA 5

les habían dicho. Y la comunidad, cuando oyó esto, todos juntos, se asustaron un poco (cf. *Hechos 4, 23*). ¿Y qué hicieron? Rezaron. No se detuvieron en las medidas de precaución, “no, hagamos esto ahora, vayamos un poco más tranquilos...”: no. Rezar. Dejar que sea el Espíritu quien les diga qué hacer. Levantaron sus voces a Dios diciendo: “¡Señor!” (v. 24) y rezaron. Esta hermosa oración de un momento oscuro, de un momento en el que tienen que tomar decisiones y no saben qué hacer. Quieren nacer del Espíritu, abren sus corazones al Espíritu: que sea Él quien lo diga... Y dicen: “Porque verdaderamente en esta ciudad se han aliado Herodes y Poncio Pilato con las naciones y los pueblos de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien has unguido” (cf. v. 27), cuentan la historia y dicen: “¡Señor, haz algo!”. “Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía” (v. 29) piden la franqueza, la valentía, de no tener miedo: “extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús” (v. 30). “Acabada su ora-



ción, retrembló el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía” (v. 31). Sucedió un segundo Pentecostés, aquí.

Ante las dificultades, ante una puerta cerrada, que no sabían cómo avanzar, van al Señor, abren sus corazones y el Espíritu viene y les da lo que necesitan y salen a predicar, con valentía, y adelante. Esto es nacer del Espíritu, esto es no detenerse en el “por tanto”, en el “por tanto” de las cosas que siempre he hecho,

en el “por tanto” del después de los Mandamientos, en el “por tanto” después de las costumbres religiosas: ¡no! Esto es nacer de nuevo. ¿Y cómo se prepara uno para nacer de nuevo? A través de la oración. La oración es lo que abre la puerta al Espíritu y nos da esta libertad, esta franqueza, este coraje del Espíritu Santo. Que nunca sabrás dónde te va a llevar. Pero es el Espíritu.

Que el Señor nos ayude a estar siempre abiertos al Espíritu, porque es Él quien nos llevará adelante en nuestra vida de servicio al Señor.

Se posponen un año los encuentros mundiales del Papa con las familias y con los jóvenes

Los próximos encuentros internacionales del Papa Francisco con las familias y los jóvenes se pospondrán un año. Esta información se dio a conocer el lunes 20 de abril, a través de una declaración del Director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni, en la que aclaró que «debido a la situación sanitaria actual y a sus consecuencias en el desplazamiento y la reunión de los jóvenes y las familias, el Santo Padre, junto con el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, ha decidido aplazar un año el próximo Encuentro Mundial de las Familias, previsto en Roma en junio de 2021, y la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en programa en Lisboa en agosto de 2022, respectivamente a junio de 2022 y a agosto de 2023».

Un plan para resucitar

VIENE DE LA PÁGINA 3

tomamos parte de la Pasión del Señor, que acompañamos la pasión de nuestros hermanos, viviendo inclusive la propia pasión, nuestros oídos escucharán la novedad de la Resurrección: no estamos solos, el Señor nos precede en nuestro caminar removiendo las piedras que nos paralizan. Esta buena noticia hizo que esas mujeres volvieran sobre sus pasos a buscar a los Apóstoles y a los discípulos que permanecían escondidos para contarles: “La vida arrancada, destruida, aniquilada en la cruz ha despertado y vuelve a latir de nuevo” (1). Esta es nuestra esperanza, la que no nos podrá ser robada, silenciada o contaminada. Toda la vida de servicio y amor que ustedes han entregado en este tiempo volverá a latir de nuevo. Basta con abrir una rendija para que la Unción que el Señor nos quiere regalar se expanda con una fuerza imparabla y nos permita contemplar la realidad doliente con una mirada renovadora.

Y, como a las mujeres del Evangelio, también a nosotros se nos invita una y otra vez a volver sobre nuestros pasos y dejarnos transformar por este anuncio: el Señor, con su novedad, puede siempre renovar nuestra vida y la de nuestra comunidad (cf. *Evangelii gaudium*, 11). En esta tierra desolada, el Señor se empeña en regenerar la belleza y hacer renacer la esperanza: “Mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notan?” (Is 43, 18b). Dios jamás abandona a su pueblo, está siempre junto a él, especialmente cuando el dolor se hace más presente.

Si algo hemos podido aprender en todo este tiempo, es que nadie se salva solo. Las fronteras caen, los muros se derrumban y todo los discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragilidad de la que estamos hechos. La Pascua nos convoca e invita a hacer memoria de esa otra presencia discreta y respetuosa, generosa y reconciliadora capaz de no romper la caña quebrada ni apagar la mecha que arde débilmente (cf. Is 42, 2-3) para hacer latir la vida nueva que nos quiere regalar a to-

dos. Es el soplo del Espíritu que abre horizontes, despierta la creatividad y nos renueva en fraternidad para decir presente (o bien, aquí estoy) ante la enorme e impostergable tarea que nos espera. Urge discernir y encontrar el pulso del Espíritu para impulsar junto a otros las dinámicas que puedan testimoniar y canalizar la vida nueva que el Señor quiere generar en este momento concreto de la historia. Este es el tiempo favorable del Señor, que nos pide no conformarnos ni contentarnos y menos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos puede proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de “hacer nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).

En este tiempo nos hemos dado cuenta de la importancia de “unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral” (2). Cada acción individual no es una acción aislada, para bien o para mal, tiene consecuencias para los demás, porque todo está conectado en nuestra Casa común; y si las autoridades sanitarias ordenan el confinamiento en los hogares, es el pueblo quien lo hace posible, consciente de su corresponsabilidad para frenar la pandemia. “Una emergencia como la del COVID-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad” (3). Lección que romperá todo el fatalismo en el que nos habíamos inmerso y permitirá volver a sentirnos artífices y protagonistas de una historia común y, así, responder mancomunadamente a tantos males que aquejan a millones de hermanos alrededor del mundo. No podemos permitírnoslos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos. Es el Señor quien nos volverá a preguntar “¿dónde está tu hermano?” (Gn, 4, 9) y, en nuestra capacidad de respuesta, ojalá se revele el alma de nuestros pueblos, ese reservorio de esperanza, fe y caridad en

la que fuimos engendrados y que, por tanto tiempo, hemos anestesiado o silenciado.

Si actuamos como un solo pueblo, incluso ante las otras epidemias que nos acechan, podemos lograr un impacto real. ¿Seremos capaces de actuar responsablemente frente al hambre que padecen tantos, sabiendo que hay alimentos para todos? ¿Seguiremos mirando para otro lado con un silencio cómplice ante esas guerras alimentadas por deseos de dominio y de poder? ¿Estaremos dispuestos a cambiar los estilos de vida que sumergen a tantos en la pobreza, promoviendo y animándonos a llevar una vida más austera y humana que posibilite un reparto equitativo de los recursos? ¿Adoptaremos como comunidad internacional las medidas necesarias para frenar la devastación del medio ambiente o seguiremos negando la evidencia? La globalización de la indiferencia seguirá amenazando y tentando nuestro caminar... Ojalá nos encuentre con los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad. No tengamos miedo a vivir la alternativa de la civilización del amor, que es “una civilización de la esperanza: contra la angustia y el miedo, la tristeza y el desaliento, la pasividad y el cansancio. La civilización del amor se construye cotidianamente, ininterrumpidamente. Supone el esfuerzo comprometido de todos. Supone, por eso, una comprometida comunidad de hermanos” (4).

En este tiempo de tribulación y luto, es mi deseo que, allí donde estés, puedas hacer la experiencia de Jesús, que sale a tu encuentro, te saluda y te dice: “¡Alégrate!” (Mt 28, 9). Y que sea ese saludo el que nos movilice a convocar y amplificar la buena nueva del Reino de Dios.

NOTAS

1. R. Guardini, *El Señor*, 504.

2. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 13.

3. Pontificia Academia para la Vida. *Pandemia y fraternidad universal*. Nota sobre la emergencia COVID-19 (30 marzo 2020), p. 4.

4. Eduardo Pironio, *Diálogo con laicos*, Buenos Aires, 1986.

Un decálogo del ecumenismo

Marcelo Figueroa

En este tiempo de pandemia en el que debemos orar y obrar en el Evangelio las distintas confesiones de fe, sabiendo que estamos “en la misma barca” y que “nadie se salva solo”, acercamos un decálogo, solo a modo de aporte reflexivo, a sabiendas incompleto y básico del diálogo ecuménico. El mismo se construye utilizando el recurso de la conjunción adversativa “antes que” a modo de género sapiencial, para ayudar a reflexionar en los contrastes de la naturaleza de ese diálogo.

1. Diversidad antes que uniformidad: La riqueza en el diálogo, capaz de construir puentes de encuentro y no “torres de babel” con una semántica unívoca es requisito fundamental del ecumenismo. Para que “el todo” supere a las “partes”, éstas deben existir y coexistir en una armonía integradora y que sea superadora a la suma de ellas. La unicidad se reconoce cuando está construida en forma armónica y es entendida como la diversidad reconciliada.

2. Cosmovisión antes que univisión: Es deseable elevar nuestras miradas a horizontes y universos variados y diversos. El quedarnos dentro de nuestra propia observación parcial y considerarla única no ayuda al ecumenismo. Sabemos parte de un cosmos multiforme nos enriquece no solo de forma individual sino social y comunitaria.

3. Pedagogía antes que ideología: El estar abiertos a aprender y aprender del que piensa y mira su fe de otra manera es esencial. En esto la pedagogía del diálogo demanda en primer lugar la escucha silenciosa y justo después la expresividad propia de nuestra espiritualidad. A menudo la religión revestida de ideología no escucha y solo intenta vencer.

4. Lo natural antes que lo ideal. Aquí utilizo el término “natural” para referirme a la relación que cada uno tiene con lo creado, los seres vivos, la “madre tierra” para otros y las urgencias de acuerdos en el marco de un ecumenismo ecológico. Por otro lado, lo “ideal” se asemeja a conceptos abstractos, que desde luego son buenos y constructivos, pero que a menudo son usados para evadir o escapar de realidades concretas más demandantes.

5. Identidad antes que universalidad. Este concepto no solo no contradice los anteriores, sino que los coloca en un lugar fundamental en el ecumenismo. Mantener nuestra propia identidad de fe, espiritualidad y convicciones es un requisito no solo honesto sino clave en el ecumenismo. Por otro lado “licuar” esas identidades en pos de una mezcla uniforme llamada “universalidad” desintegra la posibilidad del encuentro en lo diverso.

6. Fundamentos antes que fundamentalismos: Este punto complementa el anterior a la vez que advierte sobre una de las amenazas del ecumenismo. El mantener la identidad de fe no debe usarse como un arma o una trinchera para convencer, someter o confrontar al que tiene otra distinta. La “verdad” como tal, reconocida por diferentes creencias como la persona de Dios, por



atributo único de eternidad nos debe poseer a cada uno y a cada espiritualidad. De esta manera, el pensar que se es poseedor de esa “verdad” contradice la persona del Creador reduciéndola a una caricatura formada a nuestra imagen y semejanza. Los fundamentalismos religiosos son lamentablemente herramientas históricas de infinitos males y atrocidades en el “nombre de Dios”.

7. Inclusión antes que selección: Incluir a cualquier otro dentro de nuestro universo de vivencia espiri-

tual es la manera de acercarlo para que pueda ser participante con prescindencia de su procedencia. Cuando seleccionamos con quién preferimos dialogar, estamos realizando un acto discriminatorio. La discriminación por motivos de religión que puede aparecer inicialmente como ejercicio selectivo inadecuado, sabemos tristemente cuán fácil puede transformarse en germen de los más atroces males y hasta genocidios religiosos.

8. Otredad antes que tolerancia: El “otro” o “los otros” son siempre el motivo imprescindible y los participantes indispensables en una experiencia que se precie de llamar ecuménica. La tolerancia que en apariencia puede plantearse como sinónimo de aquella, no es un término adecuado. Esto es porque se suele “tolerar” al diferente desde una posición de poder, y dominación y no de igualdad.

9. Incomodidad antes que confort: Dialogar siempre implica salir de nuestra zona de confort que muchas veces está acotada a los que piensan, sienten, viven o simplemente son como uno mismo. La conversación ecuménica produce incomodidad porque me invita a salir de esa zona para ingresar en un territorio desconocido que puede tener códigos, conceptos o herramientas de comunicación de vida y espiritualidad muy diferentes a las nuestras.

10. Dudas antes que certezas: Si la duda es una amiga inseparable de la fe, es también una compañera inseparable del camino ecuménico. Las certezas, que muchas veces se construyen como barreras para escuchar al otro, o el temor a incorporar dudas sanas a mi pertenencia, no nos ayudan. Bienvenida la bendita duda que nos hará ser siempre mejores peregrinos en el maravilloso sendero del encuentro ecuménico.

La tierra está más limpia durante la cuarentena

Loirena Pachó

Las imágenes que ofrecen los satélites espaciales en este periodo en el que la mayoría de los países ha decretado diferentes medidas de confinamiento para sus ciudadanos con el objetivo de combatir la pandemia vienen acompañadas de una noticia positiva y extraordinaria para el medio ambiente. Las panorámicas tomadas desde el espacio muestran una reducción inédita de los niveles de contaminación atmosférica y una mejora en la calidad del aire a escala global. Las cotas de gases contaminantes, procedentes, en gran mayoría, de la combustión de los vehículos a motor se han reducido marcadamente en numerosas ciudades de todo el planeta por las restricciones a la movilidad. En las principales capitales de Europa, de acuerdo con las recientes observaciones de los satélites de la Agencia Espacial Europea (ESA, por sus siglas en inglés) las concentraciones de dióxido de nitrógeno (NO₂) han caído entre un 40 y un 50 por ciento respecto a los niveles del año anterior. La NASA ha reconocido la misma tendencia en otras regiones del mundo, como Estados Unidos o China, donde el NO₂ se ha reducido entre un 30 y un 40 por ciento.

Los expertos recuerdan que el cambio climático es el efecto de un proceso de acumulación de incremento de emisiones durante periodos muy largos y señalan que aún es pronto para determinar si la actual ralentización de las actividades productivas mundiales a causa de la pandemia de coronavirus tendrá un impacto o no en el clima. Dependerá, en cualquier caso, del tiempo que duren las medidas excepcionales de contención del virus, de la intensidad de la recuperación de la actividad y de los estímulos que se adopten después. La duda es si el descenso será compensado o si se revertirá cuando se reactive la economía. Por lo pronto, estas constataciones han revelado que hay una relación directa entre la movilidad a través de vehículos a motor y la calidad del aire.

En cambio, las concentraciones en la atmósfera de dióxido de carbono, CO₂, el principal gas de efecto invernadero e impulsor del calentamiento global, procedente fundamentalmente de los sistemas de producción y de consumo de energía, continúan creciendo porque el impacto de la reducción no se refleja a tan corto plazo con este compuesto nocivo. Los científicos apuntan a que el uso de combustibles fósiles tendría que disminuir en torno a un 10% en todo el planeta durante un año para impactar claramente en las concentraciones de dióxido de carbono.

Algunos organismos científicos, como la asociación británica Carbon Brief ha pronosticado que la emisión de CO₂ podría contraerse en torno a un 5% este año. Sin embargo, esta reducción sería insuficiente para cumplir con el Acuerdo de París, que tiene como objetivo que el incremento de la temperatura media global del planeta quede muy por debajo de los 2°C. Para alcanzar esta meta, según las Naciones Unidas, la disminución de los gases de efecto invernadero debería rondar el 7,6% anual hasta 2030.

Científicos de todo el mundo han comenzado a trabajar para crear análisis más detallados, a través de los datos terrestres, meteorológicos y otros modelos de estudio con el objetivo de interpretar las observaciones de los satélites. Esto ofrecerá una visión más completa sobre el impacto real que las restricciones de movilidad están teniendo sobre la calidad del aire.

Naciones Unidas ha recordado que “la Tierra claramente nos pide que actuemos”. Y ha subrayado: “La naturaleza sufre”. También ha recordado que la pandemia actual guarda “una fuerte relación con la salud de nuestro ecosistema”. Y ha precisado: “El cambio climático, los cambios provocados por el hombre en la naturaleza, así como los crímenes que perturban la biodiversidad, como la deforestación, el cambio de uso del suelo, la producción agrícola y ganadera intensiva o el creciente comercio ilegal de vida silvestre, pueden aumentar el contacto y la transmisión de enfermedades infecciosas de animales a humanos”.

En la Jornada mundial de la Tierra el Papa pide a la comunidad internacional un plano compartido contra las amenazas a la casa común

No hay futuro para el hombre si se destruye el ambiente

«No hay futuro para nosotros si destruimos el ambiente que nos sostiene»: es la severa advertencia lanzada por el Papa en la audiencia general del miércoles 22 de abril, con ocasión del quincuagésimo Día de la Tierra y del quinto aniversario de su carta encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común. Continuando con las catequesis semanales desde la biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano — a causa de las medidas de distanciamiento social impuestas por la pandemia de covid-19 — el Pontífice pronunció una reflexión especial dedicada a la iniciativa de la ONU para sensibilizar sobre la necesidad de salvaguardar el planeta. A continuación, las palabras pronunciadas por el Papa después de la lectura del pasaje bíblico extraído del Libro del Génesis (2, 8-9.15).

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos el 50º Día de la Tierra. Es una oportunidad para renovar nuestro compromiso de amar nuestra casa común y cuidar de ella y de los miembros más débiles de nuestra familia. Como la trágica pandemia de coronavirus nos está demostrando, solo juntos y haciéndonos cargo de los más frágiles podemos vencer los desafíos globales. La Carta Encíclica *Laudato si'* tiene precisamente este subtítulo: «Sobre el cuidado de la casa común». Hoy reflexionaremos un poco juntos sobre esta responsabilidad que caracteriza nuestro «proprio paso por esta tierra» (LS, 160). Debemos crecer en la conciencia del cuidado de la casa común.

Estamos hechos de materia terrestre y los frutos de la tierra sostienen nuestra vida. Pero, como nos recuerda el libro del Génesis, no somos simplemente «terrestres»: llevamos en nosotros también el soplo vital que viene de Dios (Cf. Génesis 2,4-7). Vivimos, por lo tanto, en la casa común como una única familia humana y en la biodiversidad con las demás criaturas de Dios. Como *imago Dei*, imagen de Dios, estamos llamados a cuidar y respetar a todas las criaturas y a sentir amor y compasión por nuestros hermanos y hermanas, especialmente los más débiles, a imitación del amor de Dios por nosotros, manifestado en su Hijo Jesús, que se hizo hombre para compartir con nosotros esta situación y salvarnos.

A causa del egoísmo, hemos incumplido nuestra responsabilidad como custodios y administradores de la tierra. «basta mirar la realidad con sinceridad para ver que hay un gran deterioro de nuestra casa común» (ibíd., 61). La hemos contaminado, la hemos saqueado, poniendo en peligro nuestra misma vida. Por eso, se han formado varios movimientos internacionales y locales para despertar las conciencias. Aprecio sinceramente estas iniciativas, y será todavía necesario que nuestros hijos bajen al campo para enseñarnos lo que es obvio, es decir, que no hay futuro para nosotros si destruimos el ambiente que nos sostiene.

Hemos fallado custodiando la tierra, nuestra casa-jardín y custodiando a nuestros hermanos. Hemos pecado contra la tierra, contra nuestro prójimo y, en definitiva, contra el Creador, el Padre bueno que prevé a cada uno y quiere que vivamos juntos en comunión y prosperidad. ¿Y cómo reacciona la tierra? Hay un dicho español que es muy claro en esto y dice así: «Dios perdona siempre; nosotros los hombres perdonamos algunas veces sí, algunas veces no; la tierra no perdona nunca». La tierra no perdona: si nosotros hemos deteriorado la tierra, la respuesta será muy fea.

¿Cómo podemos retomar una relación armoniosa con la tierra y con el resto de la humanidad? Una relación armoniosa... Muchas veces perdemos la visión de la armonía: la armonía es obra del Espíritu Santo. Incluso en la casa común, en la tierra, también en nuestra relación con la gente, con el prójimo, con los más pobres, ¿cómo podemos retomar esta armonía? Necesitamos un nuevo modo de mirar nuestra casa

“ Como la trágica pandemia de coronavirus nos está demostrando, solo juntos y haciéndonos cargo de los más frágiles podemos vencer los desafíos globales. La Carta Encíclica *Laudato si'* tiene precisamente este subtítulo: “Sobre el cuidado de la casa común”. Hoy reflexionaremos un poco juntos sobre esta responsabilidad que caracteriza nuestro “proprio paso por esta tierra”



“ Cuando vemos estas tragedias naturales que son la respuesta de la tierra a nuestro maltrato, yo pienso: «Si yo pregunto ahora al Señor qué piensa, no creo que me diga que es algo muy bueno». ¡Hemos sido nosotros los que hemos arruinado la obra del Señor! ¡De aquí surge en nosotros la conciencia de estar en una tierra sagrada!

común. Entendámonos: esta no es un depósito de recursos que explotar. Para nosotros creyentes, el mundo natural es el «Evangelio de la Creación», que expresa la potencia creadora de Dios al plasmar la vida humana y al hacer que el mundo exista, junto lo que contiene para sostener a la humanidad. El relato bíblico de la creación se concluye así: «Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien» (Génesis, 1, 31). Cuando vemos estas tragedias naturales que son la respuesta de la tierra a nuestro maltrato, yo pienso: «Si yo pregunto ahora al Señor qué piensa, no creo que me diga que es algo muy bueno». ¡Hemos sido nosotros los que hemos arruinado la obra del Señor!

Al celebrar hoy el Día de la Tierra, estamos llamados a reencontrar el sentido sagrado por la tierra, porque no es solo nuestra casa, sino también la casa de Dios. ¡De aquí surge en nosotros la conciencia de estar en una tierra sagrada!

Queridos hermanos y hermanas, «despertemos el sentido estético y contemplativo que Dios puso en nosotros (Exhort. ap. postsin. *Querida Amazonia*, 56). La profecía de la contemplación es algo que aprendemos sobre todo de los pueblos originarios, los cuales nos enseñan que no podemos cuidar a la tierra si no la amamos y no la respetamos. Ellos tienen esa sabiduría del «buen vivir», no en el sentido de pasarlo bien, no: sino del vivir en armonía con la tierra. Ellos llaman «buen vivir» a esta armonía. Al mismo tiempo, necesitamos una conversión ecológica que se exprese en acciones concretas. Como familia única e interdependiente, necesitamos un plan compartido para vencer las amenazas contra nuestra casa común. «La interdependencia nos obliga a pensar en un solo mundo, en un proyecto común» (LS, 164). Somos conscientes de la importancia de colaborar como comunidad internacional para la protección de nuestra casa común. Exhorto a cuantos tienen autoridad a dirigir el proceso que conducirá a dos importantes Conferencias internacionales: la COP15 sobre la Biodiversidad en Kunming (China) y la COP26 sobre el Cambio Climático en Glasgow (Reino Unido). Estos dos encuentros son muy importantes.

Quisiera animar a organizar intervenciones concertadas también a nivel nacional y local. Es bueno converger juntos desde todas las condiciones sociales y dar vida también a un movimiento popular «desde abajo». El propio Día de la Tierra, que celebramos hoy, nació precisamente así. Cada uno de nosotros puede dar su pequeña contribución: «No hay que pensar que esos esfuerzos no van a cambiar el mundo. Esas acciones derraman un bien en la sociedad que siempre produce frutos más allá de lo que se pueda constatar, porque provocan en el seno de esta tierra un bien que siempre tiende a difundirse, a veces invisiblemente» (LS, 212). En este tiempo pascual de renovación, comprometámonos a amar y a apreciar el magnífico don de la tierra, nuestra casa común y a cuidar e todos los miembros de la familia humana. Como hermanos y hermanas que somos, supliquemos juntos a nuestro Padre celestial: «Envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra» (cf. *Salmos* 104, 30).

Al finalizar la catequesis, antes de guiar el rezo del Padre nuestro y de impartir la bendición, el Papa Francisco saludó a los diferentes grupos lingüísticos de fieles que siguieron la audiencia a través de la radio, la televisión e internet.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española que siguen esta catequesis a través de los medios de comunicación social. En estos días iluminados por la Resurrección del Señor Jesús, pidámosle que con su Espíritu vivificante renueve todas las cosas, nos conceda encontrar el sentido del santo respeto por la tierra y estar más atentos a las necesidades de todos los hermanos. Que Dios los bendiga.